

XVIII domingo Tiempo Ordinario

1 de agosto de 2021

- **Éx 16, 2-4. 12-15.** Haré llover pan del cielo para vosotros.
- **Sal 77.** R. El Señor les dio pan del cielo.
- **Ef 4, 17. 20-24.** Revestíos de la nueva condición humana creada a imagen de Dios.
- **Jn 6, 24-35.** El que viene a mí no tendrá hambre, y el que cree en mí no tendrá sed.

Cuando la gente vio que ni Jesús ni sus discípulos estaban allí, se embarcaron y fueron a Cafarnaún en busca de Jesús. Al encontrarlo en la otra orilla del lago, le preguntaron: «Maestro, ¿cuándo has venido aquí?».

Jesús les contestó: «En verdad, en verdad os digo: me buscáis no porque habéis visto signos, sino porque comisteis pan hasta saciaros. Trabajad no por el alimento que perece, sino por el alimento que perdura para la vida eterna, el que os dará el Hijo del hombre; pues a este lo ha sellado el Padre, Dios».

Ellos le preguntaron: «Y ¿qué tenemos que hacer para realizar las obras de Dios?».

Respondió Jesús: «La obra de Dios es esta: que creáis en el que él ha enviado».

Le replicaron: «¿Y qué signo haces tú, para que veamos y creamos en ti? ¿Cuál es tu obra? Nuestros padres comieron el maná en el desierto, como está escrito: “Pan del cielo les dio a comer”».

Jesús les replicó: «En verdad, en verdad os digo: no fue Moisés quien os dio pan del cielo, sino que es mi Padre el que os da el verdadero pan del cielo. Porque el pan de Dios es el que baja del cielo y da vida al mundo».

Entonces le dijeron: «Señor, danos siempre de este pan».

Jesús les contestó: «Yo soy el pan de vida. El que viene a mí no tendrá hambre, y el que cree en mí no tendrá sed jamás».

(Juan 6, 24-35)

1. Desde la Palabra de Dios

En domingos anteriores el evangelio de san Marcos nos situaba en ese lugar en despoblado donde Jesús predicaba a la multitud y multiplicó los panes y los peces. Si el pasado domingo no hubiese coincidido la solemnidad del Apóstol Santiago, habríamos proclamado ese milagro pero narrado por san Juan, a quien seguimos estos domingos proclamando el discurso del Pan de Vida, que se introduce precisamente con la multiplicación de los panes y los peces, la “huida” de Jesús cuando quieren proclamarlo rey, y su “caminar sobre las aguas”. Ese es el punto de partida de la perícopa de este domingo.

La gente —esa misma muchedumbre de la que El Maestro se compadecía porque andaban como ovejas sin pastor— busca a Jesús porque quiere más pan. Ve que no ha entrado en la barca con los discípulos y, por ello, no entiende cómo ha logrado llegar a Cafarnaúm —no saben que ha caminado sobre las aguas—. Tampoco han entendido el milagro de la multiplicación de los panes: se quedan en la superficie, en la hartura de la comida.

Según la gente, Jesús hizo lo que Moisés había hecho en el pasado: alimentar a todos en el desierto, hasta la saciedad. Siguiendo a Jesús pensaban que el pasado se repetiría. Pero Jesús les pide un paso más: trabajar por el alimento que no perece. Este nuevo alimento lo dará el propio Jesús. Sólo él nos puede dar la vida que dura por siempre.

Ante esto, surge la pregunta: «¿qué debemos hacer para realizar este trabajo —obra— de Dios?, ¿cómo procurarnos la vida eterna?» Jesús responde que la

gran obra que Dios nos pide es «creer en aquel que Dios envió», es decir, creer en Jesús.

Pero la muchedumbre, terca, sigue incrédula, no le basta lo que ya ha visto en Jesús: «¿qué señal realizas para que podamos creer?». Y siguen argumentando: “en el pasado, nuestros padres comieron el maná que les fue dado por Moisés. Ellos lo llamaron *pan del cielo*”.

Moisés sigue siendo un gran líder, en quien ellos creen. Si Jesús quiere que la gente crea en Él, tiene que hacer una señal mayor que la de Moisés: «¿cuál es tu obra?». Jesús responde que el pan dado por Moisés no era el verdadero pan del cielo. Venía de arriba, sí, pero no garantizó la vida eterna para nadie. Todos murieron en el desierto.

El verdadero pan del cielo, el pan de Dios, es el pan que vence la muerte y trae vida —la eucaristía es alimento de eternidad, porque es aquel que desciende del cielo y da la vida al mundo—.

Como aquellos hebreos cada día en la misa podemos decir: «Señor, ¡danos siempre de este pan!». Este es el alimento verdadero que sustenta a la persona, que da un rumbo a la vida, y que trae vida nueva.

2. Desde el corazón de la Iglesia

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

En estos últimos domingos, la liturgia nos ha mostrado la imagen cargada de ternura de Jesús que va al encuentro de la multitud y de sus necesidades. En el pasaje evangélico de hoy (cf. Juan 6, 24-35) la perspectiva cambia: es la multitud, hambrienta de Jesús, quien se pone nuevamente a buscarle, va al encuentro de Jesús. Pero a Jesús no le basta que la gente lo busque, quiere que la gente lo conozca; quiere que la búsqueda de Él y el encuentro con Él vayan más allá de la satisfacción inmediata de las necesidades materiales.

Jesús ha venido a traernos algo más, a abrir nuestra existencia a un horizonte más amplio respecto a las preocupaciones cotidianas del nutrirse, del vestirse, de la carrera, etc. Por eso, dirigido a la multitud, exclama: «Vosotros me buscáis, no porque habéis visto señales, sino porque habéis comido de los panes y os habéis saciado» (v. 26).

Así estimula a la gente a dar un paso adelante, a preguntarse sobre el significado del milagro, y no solo a aprovecharse. De hecho, ¡la multiplicación de los panes y de los peces es un signo del gran don que el Padre ha hecho a la humanidad y que es Jesús mismo!

Él, verdadero «pan de la vida» (v. 35), quiere saciar no solamente los cuerpos sino también las almas, dando el alimento espiritual que puede satisfacer el hambre profunda. Por esto invita a la multitud a procurarse no la comida que no dura, sino esa que permanece para la vida eterna (cf. v. 27). Se trata de un alimento que Jesús nos dona cada día: su Palabra, su Cuerpo, su Sangre.

La multitud escucha la invitación del Señor, pero no comprende el sentido —como nos sucede muchas veces también a nosotros— y le preguntan: «¿qué hemos de hacer para llevar a cabo las obras de Dios?» (v. 28).

Los que escuchan a Jesús piensan que Él les pide cumplir los preceptos para obtener otros milagros como ese de la multiplicación de los panes. Es una tentación común, esta, de reducir la religión solo a la práctica de las leyes, proyectando sobre nuestra relación con Dios la imagen de la relación entre los siervos y su amo: los siervos deben cumplir las tareas que el amo les ha asignado, para tener su benevolencia. Esto lo sabemos todos.

Por eso la multitud quiere saber de Jesús qué acciones debe hacer para contentar a Dios. Pero Jesús da una respuesta inesperada: «La obra de Dios es que creáis

en quien él ha enviado» (v. 29). Estas palabras están dirigidas, hoy, también a nosotros: la obra de Dios no consisten tanto en el «hacer» cosas, sino en el «creer» en Aquel que Él ha mandado. Esto significa que la fe en Jesús nos permite cumplir las obras de Dios. Si nos dejamos implicar en esta relación de amor y de confianza con Jesús, seremos capaces de realizar buenas obras que perfumen a Evangelio, por el bien y las necesidades de los hermanos.

El Señor nos invita a no olvidar que, si es necesario preocuparse por el pan, todavía más importante es cultivar la relación con Él, reforzar nuestra fe en Él que es el «pan de la vida», venido para saciar nuestra hambre de verdad, nuestra hambre de justicia, nuestra hambre de amor.

(Papa Francisco. Angelus, 05/08/2018)

3. Desde el fondo del alma

Tú eres, Señor, el Pan de Vida.

Mi Padre es quien os da
verdadero Pan del Cielo.

Quien come de este Pan,
vivirá eternamente.

Aquel que venga a Mí,
no padecerá más hambre.

Mi carne es el manjar,
y mi sangre es la bebida.

El Pan que Yo daré,
ha de ser mi propia Carne.

Quien come de mi carne,
mora en Mí y Yo en él.

Bebed todos de él,
es el Cáliz de mi Sangre.

Yo soy el Pan de Vida,
que ha bajado de los cielos.

Si no coméis mi Carne,
no tendréis Vida en vosotros.

Si no bebéis mi Sangre,
no tendréis Vida en vosotros.

Quien bebe de mi Sangre,
tiene ya la Vida eterna.

Mi Cuerpo recibid
entregado por vosotros.